

como si todos ellos fuesen de la misma relevancia, sin rango jerárquico, y se da la paradoja de que el descenso de la mortalidad, auténtico origen de la modernización demográfica, se trata casi al final del libro y ni siquiera merece un capítulo aparte. Sin el recientísimo y todavía persistente descenso de la mortalidad no hubiese sido posible el descenso de la fecundidad, el envejecimiento de la población, el alargamiento de las etapas tempranas de la vida o la reformulación de los roles de género. Todo ello sería observable si se adoptase una óptica eminentemente demográfica, como es la de las relaciones reproductivas intergeneracionales, de medio y largo alcance temporal, que en esta obra ve limitadas sus obvias aplicaciones al único campo de la relación de los jóvenes con sus familias. De nuevo es un marco teórico demográfico amplio lo que tales distinciones suscitarían, quién sabe con qué resultados y extensión.

No era ese el propósito, y así debemos entenderlo. Tampoco se pretendía hacer un tradicional informe demográfico sobre una población más, y de ahí el formato breve, divulgativo y lleno de propuestas y sugerencias. Pero la ausencia de este tipo de consideraciones acaba por dar al libro de Billari y Dalla Zuanna un tono enfáticamente «político-nacional» que, aunque los autores den por bueno, lo emparenta también con otro género que prolifera hoy en Europa y constituye en mi opinión un anacronismo: la búsqueda renovada de las identidades nacionales (aquello de «qué significa ser francés»). Es como si hubiese una epidemia de «crisis identitarias», que las derechas resuelven apelando a arcaísmos, y las izquierdas se empeñan en reinventar, sin que a nadie se le ocurra que probablemente sean tales identidades, en sí mismas, las que han dejado de tener sentido como fundamento de la política en general y, especialmente, de la política social.

Sea como sea, y dejando de lado observaciones puntuales y alguna más general, Billari y Dalla Zuanna nos proporcionan la inestimable oportunidad de leer y pensar sobre un amplio abanico de temas de una importancia realmente extraordinaria. Probablemente hacen promesas excesivas en su título y en su introducción; quien busque respuestas teóricas generales y grandes innovaciones en el conocimiento demográfico tendrá que buscarlas en otro sitio. Pero proporcionan una buena relación de «asuntos pendientes» y dificultades/oportunidades, materiales e institucionales, asociadas a las cuestiones demográficas, lo hacen en un tono que sitúa el libro al alcance de cualquier lector y, sobre todo, eluden el rancio alarmismo demográfico con que suelen enfocarse este tipo de análisis, sustituyéndolo por un enfoque constructivo y propositivo que no puedo más que agradecer.

Julio PÉREZ DÍAZ

The Logic of Violence in Civil War

Stathis N. Kalyvas

(Nueva York, Cambridge University Press, 2006)

El estudio sistemático de la guerra civil, el tipo de conflicto armado más letal, más frecuente, más duradero y el que mayores pérdidas económicas provoca, se ha dicho a menudo que es imposible porque su estallido y desarrollo se deben a una miríada de factores no sistematizables. La enorme variación en el tipo de violencia y en su intensidad, no solo de

contienda en contienda sino también dentro de una misma confrontación, parecen demostrar esa imposibilidad. Sin embargo, en los últimos años se ha realizado un importante esfuerzo investigador que ha buscado analizar mediante ambiciosos estudios empíricos las causas del estallido de los conflictos civiles. Por ejemplo, Fearon y Laitin (2003) encontraron que el grado de fragmentación étnica no tiene importancia a la hora de explicar la ocurrencia de conflictos basados en divisiones nacionalistas, étnicas o religiosas, sino que son las oportunidades para organizar grupos insurgentes así como las condiciones económicas y la capacidad del Estado las que resultan decisivas. Por su parte, Collier y Hoeffler (2004) llegan a una conclusión similar, mostrando que los conflictos políticos preexistentes no tienen un peso determinante en la eclosión de este tipo de guerras y sí otros aspectos como la desigualdad y la pobreza.

El volumen que nos ocupa tiene como objetivo analizar y entender la dinámica de la violencia *durante* las guerras civiles. Al contrario que en los estudios sobre el estallido de contiendas civiles, la enorme variabilidad espacial y temporal de la violencia ejercida durante estos conflictos desafía a cualquier investigador que quiera apoyarse únicamente en razones maximalistas para entender su dinámica interna. El tipo de estudios empíricos mencionados más arriba presenta dos obstáculos fundamentales a la comprensión de la lógica de la violencia en las guerras civiles. En primer lugar está el problema de la comparabilidad y de la heterogeneidad de las observaciones (conflictos y países en este caso) que hace muy complicado que se puedan extraer predicciones de aplicabilidad particular. Segundo, estos estudios asumen que los actores son unitarios, es decir, que están compuestos por solo una unidad de decisión. Sin embargo, esto no es así en la realidad. La población, las élites, las guerrillas y los ejércitos regulares no siempre están integrados. No es cierto que los soldados o los ciudadanos sigan ciegamente las órdenes de las élites o los cabecillas insurgentes.

Stathis Kalyvas, profesor de Ciencia Política en la Universidad de Yale, opta en este libro por un acercamiento diametralmente opuesto, más «microscópico», que va de lo particular a lo universal, centrándose en un análisis «a ras de suelo», mediante un estudio detallado, casi etnográfico, de los acontecimientos en la región griega del Argolid durante la guerra civil que asoló Grecia entre 1943 y 1949, y que vio ocurrir allí algunos de sus episodios más cruentos. Kalyvas realiza ese estudio acudiendo a fuentes históricas primarias y secundarias, entrevistando a los supervivientes, identificando incluso a los denunciantes, para así descubrir los mecanismos y patrones comunes en la violencia ejercida durante el conflicto y con ello poder informar a los estudios empíricos que se realicen a un nivel más macroscópico.

Una de las principales contribuciones del libro consiste en mostrar que la variación en el ejercicio de la violencia y en las alianzas que se producen entre las distintas facciones y los sectores de la población son endógenas al devenir de la guerra. La colaboración entre ellos (o su falta de) depende en gran medida del control que los combatientes poseen sobre un territorio y su población. Esta explicación no se fundamenta en la teoría o en la evidencia empírica separadamente. Kalyvas sigue un acercamiento integrado al problema aplicando en la segunda mitad del libro los conceptos y patrones teóricos abstractos que desarrolla en los primeros capítulos al resultado de su trabajo de campo en la región de Argolid.

Se sabe que las organizaciones armadas usan a menudo la violencia como forma de control interno de los disidentes. ¿Pero cómo puede la violencia estar ligada al control de un territorio? En primer lugar hemos de distinguir, como hace el propio autor, entre violencia selectiva y violencia indiscriminada, una distinción de la que hablaremos en detalle más adelante. El libro se centra en el primer tipo de violencia, dejando de lado la segunda. La razón para ello es la siguiente: para Kalyvas la principal dificultad para la obtención del control

sobre un territorio es la falta de información sobre la adscripción de cada civil. Es imposible saber si el apoyo que la población muestra a quien controla el territorio es genuino o fingido. Si un ejército quiere obtener ese control ha de estar lo más seguro posible de que la población es leal. Por eso ha de recurrir a la información local, a las colaboraciones y a los informadores.

Es ahí donde Kalyvas diferencia inteligentemente entre la oferta y la demanda de violencia. En su opinión, la ocurrencia de la violencia responde a la situación de equilibrio que sucede cuando el nivel de violencia demandado encuentra un nivel similar de oferta de violencia.

Por un lado, la oferta de violencia viene determinada por la oferta de denuncias, información y colaboraciones. La población está interesada en maximizar su probabilidad de supervivencia. Al mismo tiempo, la población está dividida en familias, clanes y localidades con rivalidades que a veces se remontan a generaciones. Por eso la población puede utilizar a los contendientes armados para eliminar a enemigos políticos y económicos, frecuentemente sus propios familiares. Estos factores explican la volubilidad de alianzas y lealtades durante las guerras civiles.

Por otro lado, la demanda de violencia la realizan los agentes armados, los ejércitos insurgente e incumbente, que buscan obtener el control eliminando a sus opositores. Los actores no pueden monitorizar a la población porque la guerra civil es una situación de soberanía fragmentada. Sin embargo, los agentes armados necesitan imperiosamente el control y usan la violencia selectiva para conseguirlo. Para eliminar a los opositores estos necesitan, como decíamos, ser identificados, para lo cual los combatientes recurren a la información local. El coste de obtener esta información es que los agentes locales pueden utilizar las denuncias para sus propios fines.

Por eso, la teoría principal que enuncia el presente volumen predice que cuando una de las partes en conflicto posee la hegemonía sobre un territorio la violencia selectiva ocurre con menor frecuencia ya que los combatientes no la demandan. Por otro lado, en las zonas más contestadas, donde las facciones necesitan más esa información, la población no está dispuesta a ofertarla por miedo a las represalias que pueden venir desde el otro bando. Por tanto, predice Kalyvas, es en las regiones donde uno de los contendientes posee un control mayor que el otro pero este es aún parcial donde cabe esperar mayores niveles de violencia, porque es ahí donde los combatientes todavía demandan una cantidad sustancial de información y la población está dispuesta a proporcionársela ya que la amenaza de represalias por parte del otro bando no es demasiado intensa.

Aparte de su metodología y resultados, otro de los grandes atractivos del libro se encuentra en su primer capítulo en el que Kalyvas va desmontando una a una las explicaciones más comunes y menos científicas y sistemáticas de la violencia en las guerras civiles. Para empezar señala que una gran parte de esa violencia no cumple una función militar directa, en el sentido de que esta no se desarrolla en el campo de batalla convencional, y que es preciso diferenciar entre violencia como proceso y violencia como resultado. No hacerlo conlleva el riesgo de hacernos sustituir los síntomas por explicaciones, o los efectos por las causas. Por ejemplo, el deseo de victimizar a la población no es lo que produce la guerra civil, sino que la victimización es su consecuencia. Ver la violencia solo como resultado genera también una especulación sobre sus orígenes y motivaciones que resulta inútil y poco satisfactorio si lo que pretendemos es buscar explicaciones que no sean tautológicas. Un crimen aparentemente cometido por odio podría tener también una motivación muy diferente como conseguir información o acallar disidencias dado que todas ellas son observacionalmente

equivalentes. Es más. Inquirir sobre esas motivaciones puede ser contraproducente. Preguntados directamente, los participantes tienden a racionalizar sus acciones o a justificarlas a posteriori. Muchos de los combatientes no lucharon por deseo propio sino por miedo y presiones. La ideología es por tanto más una forma de justificar los actos cometidos que una explicación de ellos. Finalmente, las motivaciones expresivas, como la violencia ejercida «porque sí», son mucho menos importantes y frecuentes de lo que a veces se supone. Los mayores productores de violencia en las guerras civiles no poseen personalidades patológicas. En definitiva, los estudios de la violencia civil están a menudo contaminados por juicios normativos, por la empatía que producen las víctimas y el horror que nos produce la guerra así como por tendencia a tomar partido por uno de los bandos. Muchas de estas contiendas se han descrito como luchas entre facciones de principios opuestos e irreconciliables, casi como luchas esencialistas entre el bien y el mal. Pero como Kalyvas bien dice, estos acercamientos son fatales desde el punto de vista teórico, porque ofuscan nuestra visión analítica y nos impiden una mejor comprensión del fenómeno que estamos estudiando. La condena no puede convertirse en explicación.

La alternativa a esta clase de hipótesis es adoptar una óptica instrumental. La violencia, se dice, se usa porque sirve como instrumento, aunque no se suele explicar por qué ni cómo. En este punto surge el problema señalado por Fearon y Laitin (2000) en su seminal estudio sobre la construcción de identidad étnica a través de la violencia: a menudo se explica la ocurrencia de la violencia entre etnias o grupos religiosos como el resultado de un proceso en el que las masas ciegas son manipuladas por las élites para sus propios fines mediante la exaltación identitaria. Pero en ningún momento se suele explicar el porqué de ese seguimiento ciego. En cambio, la principal hipótesis de Kalyvas, que es también de carácter instrumental, proporciona las razones de su uso: la violencia es utilizada para controlar una población, para modificar su comportamiento mediante la alteración de las consecuencias de las acciones que puede tomar, en particular, como forma de disuasión. Es el deseo de sobrevivir y de avanzar sus propios (y a menudo crematísticos) intereses lo que explica ese en apariencia «ciego» impulso de «las masas» a seguir las instrucciones de las élites. Esta interacción entre oferta y demanda de la violencia, esta forma de entenderla como un fenómeno de equilibrio, aclara la verdadera importancia de las explicaciones que se basan en emociones u otros procesos presuntamente irracionales como por ejemplo la venganza. Es cierto que esta se encuentra detrás de muchas muertes que ocurren durante los conflictos civiles pero sin una organización que aproveche esos motivos la venganza no sería suficiente para generar violencia. Es decir, el incumbente o el insurgente deben querer aprovechar ese motivo para ejercerla. Y lo harán si y solo si estos necesitan obtener el control.

Es por esto por lo que la distinción que el autor realiza entre violencia selectiva e indiscriminada es muy importante. Ambas sirven como instrumento pero tienen distintos usos y consecuencias. La violencia indiscriminada es menos eficaz porque no puede disuadir. No permite a la población asociar comportamientos con consecuencias. Cualquiera puede ser detenido y fusilado en cualquier momento. Esa falta de predecibilidad de las represalias hace a la violencia indiscriminada inferior como instrumento político. De hecho, la población puede aumentar sus posibilidades de supervivencia aliándose con el enemigo como forma de obtener protección contra esa violencia y por eso se observa a menudo que los insurgentes reciben más apoyos cuando el incumbente ejerce violencia indiscriminada. Además la violencia indiscriminada puede hacer parecer que el bando que la utiliza no está organizado y es débil. Aun así, es mucho más barata y accesible que la violencia selectiva y eso explica su extendido uso en conflictos. Por eso la violencia indiscriminada se da cuando las fuerzas

están menos equilibradas y por eso suele ser ejercida por parte del incumbente, el bando que tiene menos acceso a información local.

Un aspecto muy interesante de la teoría de Kalyvas es que esta también puede generar predicciones sobre cómo evolucionan los niveles de violencia a medida que varían los niveles de control. Cuando un actor obtiene la hegemonía en un área esto genera una mayor colaboración de la población y en niveles que son independientes del apoyo que ese actor gozaba en esa región antes de la guerra. Por ejemplo, en la Guerra Civil española muchas de las localidades se encontraron en la zona republicana o nacional por puro accidente; las preferencias políticas observadas después fueron determinadas por el transcurrir de la guerra en sí. El control genera más apoyos porque la población solo puede inferir la marcha de la guerra a partir de las condiciones locales, aquellas que puede observar. Por tanto la maximización de las posibilidades de sobrevivir dicta apoyar en cada momento al actor que parezca más probable de resultar vencedor, es decir, el que posee el control de la zona. Además, la imposición del control hace que los opositores sean mejor identificados, neutralizados o que huyan y a su vez permite al actor hegemónico proporcionar bienes y recompensas a sus aliados. Sin embargo, es aquí también donde se encuentra la principal debilidad del cuerpo teórico que desarrolla el libro. La teoría deriva la predicción de que en las zonas donde una de las partes tiene una hegemonía casi total, el nivel de violencia ha de ser bajo, dado que aunque la oferta de denuncias e información sea alta (la población no tiene miedo a represalias de la otra parte) la demanda de información por parte del agente hegemónico será poco intensa. Sin embargo, la violencia selectiva en una zona de hegemonía puede ayudar a solidificar ese control y por lo tanto no está tan claro que esa oferta de denuncias no vaya a ser aprovechada, especialmente durante los estadios iniciales del conflicto. La teoría de Kalyvas asume por tanto cambios exógenos en los niveles de control o, alternativamente, una cierta miopía en el comportamiento de los agentes. Por eso, aunque el análisis empírico que se realiza a continuación pretenda ser un análisis de panel, es decir, que estudia las localidades del Argolid en una serie de etapas temporales, el análisis teórico que subyace es de una naturaleza estática y por tanto, más que una evolución dinámica del conflicto, se conceptualiza como una sección cruzada, como una serie de instantáneas independientes tomadas en distintos puntos de la contienda.

Desde el punto de vista empírico, el uso de la región del Argolid como unidad de análisis primaria es muy interesante. Los estudios de la guerra civil en áreas rurales son complicados por motivos obvios, de acceso y conocimiento de un medio muy específico y diferenciado. Sin embargo, es ahí donde la guerra civil se manifiesta con especial virulencia. La región del Argolid, pese a ser de tamaño pequeño en el conjunto de la guerra civil griega, es una unidad de análisis ideal porque la población era bastante homogénea y sin demasiados conflictos pre-existentes y con unas condiciones socioeconómicas similares, lo que permite controlar desde el principio por una serie de factores potencialmente importantes. En su exhaustivo trabajo de campo, Kalyvas no tiene miedo en mostrar a los participantes de un modo realista y sin idealizaciones. Muchos de los supervivientes no son héroes sino personas que simplemente intentaban salvar sus trabajos, sus casas, sus familias y sobre todo la propia vida. El impresionante trabajo empírico que realiza Kalyvas no se circunscribe únicamente al Argolid sino que también incluye evidencia y testimonios que provienen tanto de las guerras civiles clásicas (americana, española, griega, rusa) como de las rebeliones que plagaron el proceso descolonizador en el siglo xx.

Otro aspecto fascinante del libro es que las predicciones que el autor deriva y que después verifica con sus datos del Argolid van en contra de otras hipótesis que se han enunciado

con anterioridad. Por ejemplo, Hannah Arendt entendía que el control parejo del territorio genera más violencia porque la obtención del poder está en juego. Esta diferencia con teorías anteriores no solo permite una explicación más o menos plausible de los acontecimientos sino que también permite hacer un diagnóstico empírico diferencial, es decir, permite contrastar si una u otra teoría es correcta analizando los datos disponibles en las zonas en las que el control estaba muy contestado. Su estudio también permite descartar algunas creencias muy extendidas, como que los incumbentes ejercen más violencia indiscriminada que los insurgentes, algo que sus datos procedentes de Grecia parecen contradecir. Kalyvas también muestra cómo los niveles de litigios y juicios antes de la guerra en una localidad no correlacionan con los subsecuentes niveles de violencia, lo cual también proyecta dudas sobre la idea de que las condiciones en tiempos de paz determinan el desarrollo de la guerra. Sin embargo, es importante añadir que otros estudios han mostrado que en guerras civiles convencionales sí parece que la conflictividad política y la polarización anterior al conflicto tienen un efecto sobre los niveles de violencia posteriores (Balcells, 2010).

En conclusión, *The Logic of Violence in Civil War* es un auténtico hito en el estudio de las guerras civiles, como atestiguan los premios que el libro ha recibido en 2007 por parte de la Asociación Americana de Ciencia Política y en 2008 por la Academia Europea de Sociología. Antropología, economía, sociología, ciencia política, estamos ante un estudio impresionante e importantísimo que combina los métodos e intereses de todas estas ciencias sociales y que sin duda está destinado a cambiar y ampliar definitivamente nuestra comprensión de un fenómeno tan recurrente y terrible como es la guerra civil.

Santiago SÁNCHEZ-PAGÉS

BIBLIOGRAFÍA

- Balcells, Laia (2010): «Rivalry and Revenge. Violence against Civilians in Conventional Civil Wars», *International Studies Quarterly*, 54(2): 291-313.
- Collier, Paul y Anke Hoeffler (2004): «Greed and Grievance in Civil War», *Oxford Economic Papers*, 56(4): 563-595.
- Fearon, James y David Laitin (2000): «Violence and the Social Construction of Ethnic Identity», *International Organization*, 54(4): 845-877.
- (2003): «Ethnicity, Insurgency and Civil War», *American Political Science Review*, 97(1): 75-90.